

Fragmento de la carta de un retiro (2010)

Por Bernardo Nante

Cuenta la tradición, que Diógenes el cínico deambulaba desnudo por la vieja Atenas alumbrando su camino con un candil. Cuando le preguntaban cuál era el motivo de tan extraña conducta replicaba que buscaba un hombre, un hombre verdadero. Por cierto, Diógenes buscaba con un candil y, aparentemente, su mirada se dirigía al exterior, pero cabe preguntarse si no es más insensata la conducta de quienes creen haberse encontrado a sí mismos y, por ende, concluyen que ya no es necesaria indagación alguna. Tenemos la ilusión de que sabemos quiénes somos, pero lo cierto es que día y noche arrastramos el cuerpo, la psique y, acaso, el espíritu de un desconocido. Basta muy poco para comprender que no sabemos quiénes somos aunque ocultemos nuestra ignorancia con biografías o reseñas curriculares. Por cierto, nuestra identificación con la máscara es la ilusión más habitual; descansamos en retazos de una historia reconstituida con el vago recuerdo de logros y fracasos, de alegrías y tristezas; pero en nuestro presente, o bien nos aferramos a ese pasado borroso o bien zozobramos ante un devenir que nos consume. Pero esta fragmentación, este engaño de sí y del otro, se hace añicos con la irrupción de la muerte que rompe las falsas tabicaciones de nuestro ser. Soy consciente que cuento una historia en un registro desmesurado, pero no menos desmesurados son nuestro olvido y nuestra tibieza.

Comencemos por observarnos: ¿Qué de mí hay en mi cuerpo?, ¿Qué de mí hay en mis ideas? ¿Qué de mí hay en mi vida psíquica? ¿Qué de mí hay en mis posesiones? ¿Qué de mí hay en mis vínculos? ¿Qué de mí hay en este 'mí'? Quizás el silencio y la humilde observación sea la mejor respuesta: la santa ignorancia.